

Esteban Echeverría. El matadero.
Madrid: Castalia, 1993.

aron con un
quete al que
que allí, en
res carnicer
r cuyo mo
el matadero,
donde se es-

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distintas. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá²⁶ y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían, caracoleando y siguiendo los movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y, entremezclados con ella, algunos enormes mastines olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa, y algunos jinetes, con el poncho²⁹ calado y el lazo prendido al tiento³⁰, cruzaban por

²⁶ *La mazorca*: o mashorca, nombre vulgar de la Sociedad Popular Restauradora, policía política del régimen de Rosas, creada en 1834, y tristemente famosa por la dureza de su represión. Su nombre proviene de un cruce paronomástico entre «mazorca», la espiga del maíz, usada como símbolo y también como instrumento de tortura, y «más horca» (Dicc. Morfínigo), alusión sarcástica a la represión.

²⁷ Algunos de los símbolos usados en su momento en *El matadero* permanecen en la literatura argentina posterior. Como muestra, quizás sirva un detalle: es posible asociar el letrero rojo de la casilla del juez, que permanecerá «hasta que lo borre la mano del tiempo», con la pulperia en la que se lleva a cabo el duelo a cuchillo (o la muerte ritual) de Dahlmann, personaje de *El Sur* de Borges, descrita como «El almacén que, alguna vez, había sido punzó, pero los años habían mitigado para su bien ese color violento».

²⁸ *Chiripá*: del quechua *chiripac*, para el frío. Prenda de vestir del gaucho pampeano, que adaptó el uso de la manta araucana repliegándola entre las piernas y sujetándola con el cintío, a modo de pantalones.

²⁹ *Poncho*: del araucano *poncho*, ruana. Prenda de abrigo del gaucho y del indio americano.

entre ellas al tranco o, reclimados sobre el pescuezo de los caballos, echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gavotas blanquiazules, que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba: los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes y se desparramaban corriendo como si en medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era que, ínter el carnicero en un grupo desuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma, que ojeaba y aguardaba la presa de achura, salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, dichos y gritería descompasada de los muchachos.

—Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía —gritaba uno.

—Aquél lo escondió en el alzapón —replicaba la negra.

—¡Chel!³¹, negra brujá, salí³² de aquí antes que te pegue un tajo —exclamaba el carnicero.

³⁰ *Hienta*: tira muy fina de cuero sin curtir; sirve, en este caso, para atar el lazo (cuera de cuero trenzado para sujetar a los animales) a la silla de montar.

³¹ *Chel*: forma vocativa de 2.^a persona documentada en el Río de la Plata hacia fines del siglo XVII. Puede también tener valor de interjección. Para algunos proviene del valenciano. Gobelino, en su *Diccionario Lunfardo*, la registra como originada en «el antiguo *che* español, escrito *che*». Morfínigo no descarta el origen guaraní del término, llevado por el personal de servicio al Río de la Plata.

³² *Salí*: por «sal», imperativo de salir. Forma verbal correspondiente al vosco. El uso del *vos* como pronombre de 2.^a persona singular y de las formas verbales concordantes (corriente hoy en Argentina entre otras zonas de América) ya era frecuente en el habla del Río de la Plata de aquella época, e inclusive alternaba con el «tú» en la lengua escrita familiar o informal. Aunque fue el populismo federal de Rosas el que difundió y jerarquizó su uso, no entrará de lleno a la lengua literaria sino mucho más tarde. Sin embargo, no hay que olvidar también el papel fundamental de la generación del 37 en la defensa de una norma lingüística propia, liberada de la tutela académica y peninsular. Esa soberanía popular

acando de la
es, dos enor-
l de toro. La
desgraciados
matadero era
de buena po-
ta escasez de
el señor juez

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado⁵⁴ y se preparaba a partir. La matanza estaba concluida a las doce, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin, se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó: —¡Allí viene un unitario! —y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.

—¿No le ven la patilla en forma de U?⁵⁵ No trae divisa en el fraque ni luto en el sombrero⁵⁶.

—Perro unitario.

—Es un cajetilla⁵⁷.

—Monta en silla⁵⁸ como los gringos.

⁵³ *hacer ojo leudo*: hacer la vista gorda.

⁵⁴ *recado*: en el «Río de la Plata, apero, silla de montar» (DRAE).

⁵⁵ *patilla en U*: se refiere, en realidad, a la barba recortada en forma de U y sin bigote, que era de uso distintivo entre los unitarios. Como contrapartida, el gran bigote identificaba a los federales.

⁵⁶ *divisa y luto*: Durante el régimen de Rosas, era obligatorio para los funcionarios públicos, y en la práctica para todos, el uso de la *divisa punzó*, una cinta roja con el color emblemático de la Federación, a la par que se proscribieron los colores azul y verde que distinguían a los unitarios. A la muerte de Encarnación Ezcurra (19 de octubre de 1838), mujer de Rosas, se impuso además, durante dos años, el «luto federal» que consistía en un brazalete con lazo negro en el brazo izquierdo y una cinta negra en el sombrero.

⁵⁷ *ajetilla*: en el Río de la Plata designa peyorativamente al señorito. Rosemblat lo define como «hombre urbano, atildado o petimetre». Según Gobello, se origina por metátesis del español jaquetilla, chaquetilla.

⁵⁸ *monta en silla*: velada acusación de elitismo extranjerizante; la silla o «mon-

—La Mazorca con él.

—¡La tijera!

—Es preciso sobarlo.

—¡Trae pistoleras por pintar⁵⁹!

—Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

—¿A que no te le animas, Matasiete?

—¿A que no?

—A que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era éste un joven como de veinticinco años, de gallarda y bien apuesta persona, que mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones, trotaba hacia Barracas⁶⁰, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando, empero, las significativas miradas de aquel grupo de doctores de matadero, echa maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada⁶¹ al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del suyo tendiéndolo a la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

—¡Viva Matasiete! —exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos⁶² rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía, el joven fue, lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil no muy distante, a buscar en sus pistolas

tura inglesa» era propia de los señoritos, mientras que los gauchos usaban el apero criollo o recado.

⁵⁹ *pintar*: o «hacer pintar», del lunfardo rioplatense, por hacer alarde, presumir, ostentar.

pintor: presumido, jactancioso.

⁶⁰ *Barracas*: en la época, zona del extrarradio porteño. Actualmente, nombre de un barrio de Buenos Aires. El término designa, en América, los edificios donde se almacenan cueros, cereales, etc., destinados al tráfico.

⁶¹ *una pechada*: en Argentina, expresión rural que significa empujar, midiendo fuerzas, con el pecho del caballo a otro caballo con su jinete.

⁶² *carancho*: ave de rapina, carroñera, de la familia de las falconíidas.

el desagravio y la venganza. Matasiete, dando un salto le salió al encuentro, y con fornido brazo asiólo de la corbata lo tendió en el suelo tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estertorio⁶³ volvió a victoriarlo⁶⁴.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! Siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

—Degüellalo, Matasiete: quiso sacar las pistolas. Degüellalo como al toro.

—Pícaro unitario. Es preciso usarlo⁶⁵.

—Tiene buen pescuezo para el violín.

—Tocale⁶⁶ el violín.

—Mejor es resbalosa⁶⁷.

—Probemos —dijo Matasiete, y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

—No, no le degüellen —exclamó de lejos la voz imponente del juez del matadero, que se acercaba a caballo.

—A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mashorca⁶⁸ y las tijeras. ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las leyes!

—¡Viva Matasiete!

—¡Mueran! ¡Vivan! —repetieron en coro los espectadores y atándole codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias, arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida

⁶³ *estertorio*: forma vulgar de estertóreo, que seguramente está usado equivocadamente, por estentóreo.

⁶⁴ *victoriar*: vulgarismo, por vitorear.

⁶⁵ *tusar*: americanismo, cortar las crines a un animal.

⁶⁶ *tocale*: acentuación grave del verbo exigida por el vosco. Cfr. nota 32.

⁶⁷ *el violín, la resbalosa*, nombres dados en la jerga mazorquera a formas de tortura que consistían en la muerte lenta por degüello. Una letrilla de la época aludía al hecho: «Al que con salvajes tenga relación / verga por los lomos sin cuenta y razón, / y si se resiste, violín y violón»

⁶⁸ *La mashorca*: cfr. nota 26.

mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del matadero. Notábase, además, en un rincón, otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y portación de sillás entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas, cantaba al son de la guitarra la resbalosa⁶⁹, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma, llegando en tropel al corredor de la casilla, lanzó a empellones al joven unitario hacia el centro de la sala.

—A ti te toca la resbalosa —gritó uno.

—Encomienda tu alma al diablo.

—Estrá furioso como toro montaraz.

—Ya le amansará el palo.

—Es preciso sobarlo.

—Por ahora verga y tijera.

—Si no, la vela.

—Mejor será la mazorca.

—Silencio y sentarse —exclamó el juez, dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven, de pie, encarando al juez, exclamó con voz preñada de indignación:

—Infames sayones, ¿qué intentan hacer de mí?

—¡Calma! —dijo sonriendo el juez—, no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión. Su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

—¿Tiemblas? —le dijo el juez.

—De rabia, porque no puedo sofocarte entre mis brazos.

—¿Tendrías fuerzas y valor para eso?

—Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

⁶⁹ *La resbalosa*: en este caso el autor se refiere a la zamba o canción adoptada como emblema por los federales.